

AÑO VI.—NUM. 245

REVISTA SEMANAL PARA NIÑOS (Sale los jueves)

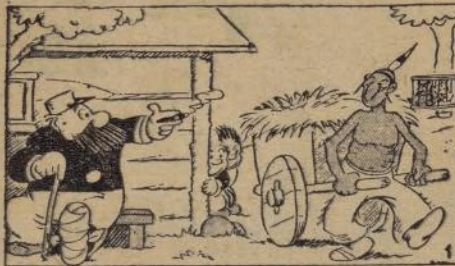
Madrid 18 de enero de 1934

# EN LA SELVA CIVILIZADA Regatas

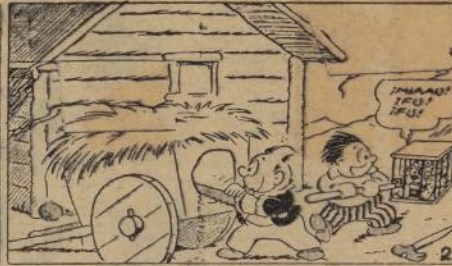




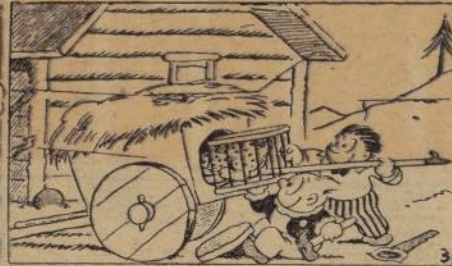
# Aventuras de Tarugo y Perdigón



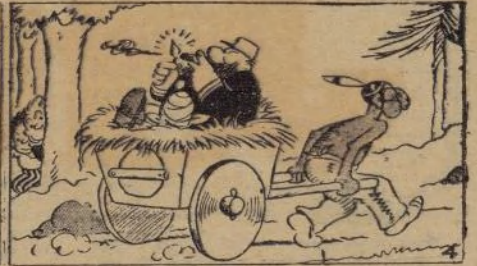
De resultados del aterrizaje forzoso, Terre-Moto quedó con un remo lesionado. Forzosamente tenía que estar condenado a la inmovilidad, como esos "taxis" que retiran por viejos de la circulación, y estarse quietecito.



Pluma Lacia pasaba con una carreta de paja, y le llamó el capitán. Aquella ocasión la aprovecharon los dos hermanitos para poner en práctica una de aquellas ideas suyas, que como suyas tenían muy mala idea.



Mientras el capitán rogaba a Pluma Lacia que le llevase en el carretón a la cabaña de Barba Cana para jugar una partida de julepe, Tarugo y Perdigón metían en la carreta un gato montés con más gas que una gaseosa.



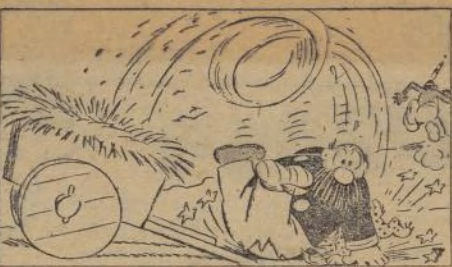
Cerrado el trato, Pluma Lacia accedió a transportar al capitán adonde le había pedido, sin sospechar que en las entrañas del carrito se estaba fraguando un drama mucho más sombrío que una tonelada de carbón mineral.



No había hecho Terre-Moto más que encender un puro, que tiraba menos que un pollino viejo, cuando sintió que en el cuello le arañaban furiosamente y le mordían después, como si alguien se desayunara a costa de su epidermis.



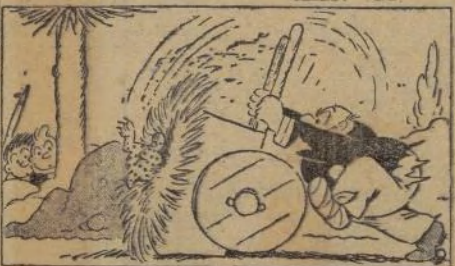
Aquello se ponía más feo que Laurel y Hardy reunidos, y el drama entraba en su período más culminante. El gato montés se lió a largarle directos al capitán, mientras Pluma Lacia escapaba con más miedo que vergüenza.



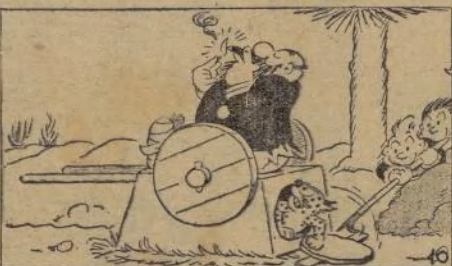
El desdichado Terre-Moto aterrizó otra vez violentamente, sin lograr que soltase su presa el gato montés, que se había prendido a la retaguardia de su víctima y no pensaba soltarse en mucho rato, por las muestras.



Pero Terre-Moto, que a veces tenía destellos de héroe, pudo echar una llave a su enemigo, y acto seguido le atizó un "chut" que si lo da Luis Regueiro en un partido lo hacen internacional sin discusión posible.



El gato montés cayó medio "grogui" en la carreta, pero Terre-Moto no se daba por contento con aquello, y saltó sobre la carreta y el gato con ánimo de sepultar a su maldito enemigo siete metros bajo tierra.



Satisfecho de sí mismo, y contento por su victoria, conseguida después de aquella terrible lucha, Terre-Moto se sentó sobre la carreta, y se dispuso a encender de nuevo aquel puro explosivo que seguía sin tirar.



Pero así que el gato montés se repuso, hizo presa nuevamente en el capitán, organizándose un jaleo, que a su lado la guerra europea era un juego de niños de teta. Golpes, maullidos, ayes, gritos, exclamaciones... ¡La carabina!



Más furioso que un miura, arañado y sopapeado, Terre-Moto llegó a su casa dispuesto a patear el cráneo a Tarugo y a Perdigón. Pero cuando asomó la "jeta" por la puerta, sus ojos contemplaron el cuadro que podéis ver.

## UN PEZ SERVICIAL



Fanchito bogaba ufano por el mar Caribe cuando su pipa se le cayó al mar.



Pero un pez espada vino a ensartarla con su instrumento, y pensando que no había de servirle para nada,



se remontó a la superficie y ofreció cortésmente a su dueño la prenda que había dado por perdida.

## "O VOS O YO"

En tiempos de Enrique IV, rey de Francia, se dirigía cierto día hacia París un campesino, cabalgando sobre un jamelgo deslucido. Había llegado ya a la vista de la ciudad, cuando en una revuelta del camino vino a empare-

tre todos los señores que siempre le acompañan?

—Os lo voy a decir: El que lleve puesto el sombrero, ése es el rey. Todos los demás están ante él con la cabeza descubierta. Entretenidos en esta charla amis-

las ventanas se abrían, que las calles se llenaban de gente, que algunos caballeros venían a juntarse con ellos, y que cuantos les rodeaban iban descubiertos.

Una idea cruzó rápidamente por su cerebro: "Señor—exclamó, vol-



jar con un caballero ricamente vestido y montado sobre un soberbio corcel. Era el rey.

—¿Adónde os dirigís, amigo?

—preguntó el rey al caminante,

—A ver al rey.

tosa, el rey y el campesino continuaron cabalgando juntos hacia París, yendo el labrador a la derecha del monarca con la mayor naturalidad. El lugareño respondía con toda profusión y detalle

viéndose hacia su acompañante desconocido y mirándolo con curiosidad y sobresalto. Una de dos: o sois vos el rey o lo soy yo.

Rióse el rey, y le dijo: "Yo soy



—Pues no os será difícil. Precisamente hoy se halla de paseo por estos alrededores.

—Pero, ¿cómo le reconoceré en-

Y así transcurrió bastante rato, sin que ocurriese nada de particular. Pero luego el campesino fué advirtiéndole que a su paso todas

el rey. Cuando hayas dejado tu caballo en tu hospedería y arreglado tus asuntos, ven a verme a palacio. Te sentaré a mi mesa

## REMEDIO FACIL



La burra se plantó en que "nones", y no hubo modo de hacerle llevar el saco.



Bartolo no tuvo más remedio que cargar con él. Pero todo se remedió. Bar-



tolo montó en la burra, que siguió contenta pensando que el saco lo llevaba su amo,



# EL PAJARO de las QUINCE CABEZAS LEYENDA RUSA

Hace mucho tiempo eran una vez un rey y una reina que tenían una hija. Un día la hija salió al jardín a pasear. De repente se desencadenó una espantosa tormenta, que la arrastró consigo. La tormenta había sido producida por el pájaro de las quince cabezas, que era el terror de la comarca. El rey mandó pregonar por todo el país: "El que devuelva a la princesa, se casará con ella".

Un muchacho había visto al pájaro cuando llevaba a la hija del rey a su cueva. Pero la cueva estaba en la mitad de una roca muy alta y muy lisa. No se podía subir a ella desde abajo, ni bajar desde arriba. El muchacho empezó a cavilar cómo podría llegar hasta la gruta, cuando acertó a ver por allí a un hombre al que pidió ayuda. El desconocido propuso que desde lo alto se descolgase el

dado del dragón, y sacando su espada desencajó pacientemente los eslabones de la cadena. Cuando el dragón se vió en libertad, se acercó a los jóvenes y les acarició con su cola, dando muestras de agradecimiento. Luego les hizo señas de que subiesen sobre su lomo, y así que los amigos lo hubieron hecho, el dragón se elevó por los aires, sacándoles de la gruta, y vino a depositarles a la orilla del mar. Luego azotó violentamente sus



alas y se perdió en el horizonte, volando velozmente.

El valeroso joven abrazó al prisionero de la gruta y quiso despedirse de él, pero éste le dijo: "Nos hemos jurado eterna amistad, y además me salvaste la vida. Quiero presentarte a mi padre, que has de saber que es el rey del mar. Vamos a bajar a mis dominios, pero no temas ahogarte, siempre que me lleves cogido de la mano". Acto seguido los dos jóvenes se sumergieron en el océano, y el joven rey del mar le llevó a presencia de su padre, que recibió al hijo, que ya creía perdido, con grandes muestras de alegría.

Cuando le contaron todo lo ocurrido, el rey del mar rugió de rabia al enterarse de la traición que habían hecho al salvador de su hijo. En seguida tocó un silbato de oro, y acudieron cuatro dragones marinos que tiraban de un carro de coral. El monarca hizo que nuestro valeroso joven subiera en el precioso ca-



mancebo en un cesto que él sostendría con una soga; se acordó así, y el muchacho, que era valeroso, bajó en el cesto hasta la gruta del monstruo, y vió a la princesa llorando en un rincón, y al pájaro dormido, cerrados los ojos de sus quince cabezas.

El joven desenvainó su espada, se encomendó a Dios, y ¡trás!, en un segundo cortó al pájaro las quince cabezas. Luego reanimó a la hija del rey, instándola a que subiese en el cesto, cosa que se apresuró a realizar la princesita; pero antes de subir se quitó de la cabeza una horquilla, y la partió en dos,



quedándose ella con la mitad y dando la otra parte al mancebo. Entonces éste tiró de la cuerda para avisar al de arriba, y éste subió en el cesto a la princesa. Pero una vez arriba, el miserable y falso amigo huyó con la princesa a pesar de sus protestas, dejando abandonado en la gruta al valeroso joven.

Cuando éste se convenció de la traición de su desleal compañero, empezó a recorrer la cueva. Al cabo de un rato vió muchos esqueletos de víctimas del pájaro de las siete cabezas, y siguiendo su recorrido por la gruta, distinguió un pez clavado en el muro con cuatro clavos. El muchacho inconscientemente desclavó al pez, y al instante se convirtió en un gallardo mancebo, que dió las gracias a su salvador por haberle librado de aquel encantamiento, en el que ya llevaba seis años. Ambos se juraron eterna amistad, y comenzaron a estudiar un procedimiento para salir de aquella maldita caverna. A los dos días, los amigos



se morían de hambre y de sed. Siguiendo su peregrinación a través de los innumerables departamentos de aquella gruta enorme, llegaron a una estancia en la que distinguieron a un dragón encadenado a los muros, el cual lamía las paredes con su lengua viscosa. Los hombres le imitaron, comprobando con sorpresa que, al pasar la lengua por las paredes, cesaban la sed y el hambre.

Nuestro valeroso joven se sintió apia-

rrero, y dió al oído unas órdenes a los dragones. Estos se elevaron sobre las aguas, y volaron sobre la tierra, hasta llegar al reino en el que mandaba el padre de la princesita robada por el pájaro de las quince cabezas.

Aquel mismo día iba a celebrarse la boda del traidor con la princesita, a pesar de que ésta lloraba y decía que aquel no le había salvado. Pero nadie creía la historia de la horquilla partida. Y en el momento en que la comitiva se dirigía a la iglesia, apareció en los aires el magnífico carro tirado por los dragones



marinos. La gente huyó aterrorizada, y ante los ojos atónitos de la corte y del rey, el valeroso mancebo sacó la media horquilla, y la princesita, con gran alegría, reconoció a su verdadero salvador. Los dragones marinos cogieron entonces entre sus garras al malvado traidor, se elevaron con él por encima de las nubes, y cuando estaban a miles de metros de altura le soltaron, viniendo el miserable a despedazarse contra las rocas.

Con general alegría se celebraron las bodas de la princesita y el mancebo valeroso, y el rey del mar les mandó un presente de ricas perlas y muestras de los más preciados tesoros de su reino.

Y los esposos fueron siempre felices, como lo son todos los que obran con rectitud y valentía.

FIN

## ALMANAQUE "JEROMIN" EL MEJOR REGALO

Sólo cuesta CINCUENTA CENTIMOS. VALE UN MILLON

## LOS TRES AVENTUREROS



Con aquel abrazo, los dos nuevos camaradas acaban de sellar una amistad que debía durar toda la vida. Rafa, ya más tranquilo y confiado ante la serenidad de Polo, prestó atención a los últimos preparativos para el despegue de la nave gigantesca. El golfillo le dió un golpecito y le dijo guiñándole un ojo picarescamente: "¿Qué te parecería el que escapásemos en el dirigible?" Y luego, ya muy serio, añadió: "Escúchame,



Rafa; tú no puedes quedarte aquí, pues la "Poll" te echaría la zarpa. A mí lo mismo me da vivir en un sitio que en otro. Así es que vamos a buscar a tus padres, y haremos nuestro primer viaje a bordo del "Ackron". ¡Sígueme!"

Polo echó a andar, deslizándose entre la muchedumbre. De esta forma salieron bien pronto a un descampado, desde el cual se veían las luces y las hogueras del aeródromo, a unos 500 metros



de distancia. "¿Qué es lo que intentas—susurró Rafael—. "Vas a verlo—repuso Polo—; tú estás dispuesto a ayudarme cuando te necesite". Hablando así se habían aproximado a un mecánico, que retirado del campo de aterrizaje limpiaba unos bidones de grasa. Polo se acercó al operario. "¿Eres tú el encargado de los bidones?" "Sí"—repuso el mecánico—. "Pues me manda el sargento para que te llegues al puesto y le veas a él; tiene una orden urgente para ti". El



hombre le miró con desconfianza, pero Polo le ordenó imperiosamente: "Vamos, hombre, muévete; te estará esperando". Ante este nuevo mandato el hombre se separó rápidamente, y pronto se perdió de vista. "¡Albricias—exclamó el golfillo—, ya cayó uno". Velozmente se puso un "mono" que allí había, y aunque le estaba muy grande, doblando las mangas quedó al instante convertido en un flamante operario. Luego los dos camaradas se quedaron un instante suspensos,



Otro hombre se acercaba al lugar de la escena: "¿Nos habrá visto?"—musitó Rafael—. "¡Pronto hemos de saberlo!"—añadió Polo—. Silbando despreocupadamente, el golfillo salió al encuentro del mecánico: "Vamos, tú—exclamó éste—. Dice el jefe que a ver si llevas los bidones". "Es que me he cortado una mano—exclamó lastimeramente nuestro amigo—; acércate y mira lo que me he hecho". El mecánico aceleró el paso. Cuando él y Polo se encontraron, el golfillo



alzó la mano: "Mira la herida". Confiantemente fué a mirar el otro, y entonces Polo le echó una habilidosa zancadilla, haciéndole rodar por tierra. "¡Ayuda!"—le gritó a Rafael—. En menos que se cuenta, los dos aventureros maniataron y amordazaron al mozo. "Otro menos Cogieron las latas de grasas y se internaron en el campo de aterrizaje, hasta llegar al pie del "Ackron". "¿Dónde vais con eso?"—les dijo un brigada—. "Nos ha mandado el capitán"—repuso



Polo sin inmutarse—. "Está bien—dijo el soldado—. Pasadlo al cuarto de máquinas y salid pronto. Hay que trabajar de prisa". "A sus órdenes"—dijo Polo llevándose la mano a la gorilla—. Con toda tranquilidad, los dos aventureros entraron en el dirigible. Polo, que tenía un fino instinto de orientación, llegó hasta la sala de máquinas, donde dejó las latas. Luego, y siempre seguido por Rafael, se adentró por los departamentos de la gigantesca nave. En toda las es-



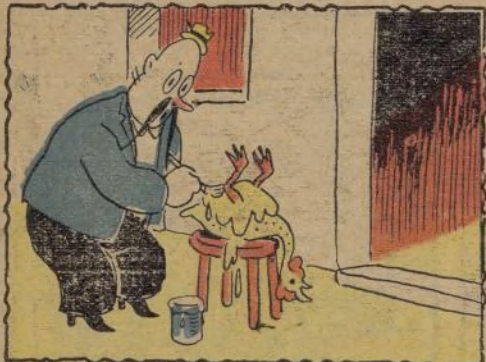
tancias había gente. Por fin llegaron a un compartimiento pequeño, que debía de ser la alacena, a juzgar por los armarios que se veían adosados a la pared. El pillote hizo un gesto expresivo a su compañero. "¡Adentro!"—exclamó—. Y abriendo uno de los armarios se introdujo en él, imitándole su compañero. "Ya estamos sobre seguro—susurró Polo—. Y mira—añadió enseñándole una botella—. Por lo visto nos hemos metido en la bodega".



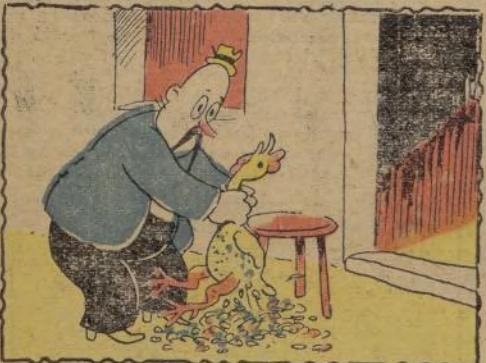
# D. Severo



Filomena acababa de matar un gallo con espolones, y Severo quiso gastarle una broma.



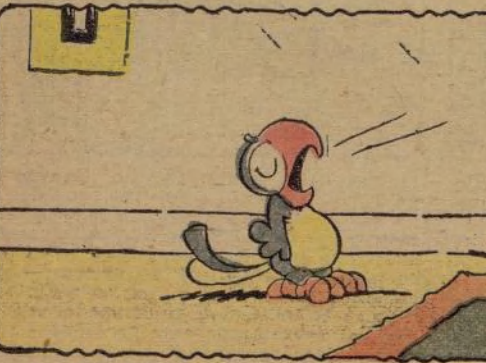
Después de rociar a conciencia el ave con espolones, se dispuso a dar el segundo paso.



Y cogiendo el fiambre alado lo repasó a conciencia sobre el montón de plumas del fecundo gallo.



Y cuando Filomena echó el ojo al animalito, se quedó de una pieza. ¡El gallo se había vuelto a vestir!



I.—Aquella mañana Laura estaba más contenta que las pascuas y cantaba como una radiogramola.

# Y PRISIONEROS DEL MAR



A principios de noviembre el tiempo se mostró favorable para una expedición de varios días, y decidieron explorar la parte norte del lago central de la isla. Formaron la expedición los más aficionados a la caza: Alberto y Ramiro con escopetas, Juanito, Martín y León con pequeñas hachas y cuchillos de monte, Ignacio con su famoso lazo de bolas, que había aprendido a manejar hábilmente, y Alberto, jefe de la colonia, que creyó necesario presidir la expedición. Los que se quedaban en la cueva, continuarían su vida ordinaria, repartiendo



emprendieron de nuevo la marcha, después de atravesar el arroyo por un vado. Para huir del terreno pantanoso de la orilla del lago, se corrieron hacia el bosque para bordearlo por sus límites. Millares de pájaros revoloteaban cantando y silbando a porfía, y a lo lejos, y muy altas, se oían las aves de rapiña, características de la América del Sur. León buscaba algún papagayo, al que pensaba adiestrar y enseñar a hablar, pero en vano. Alberto no pudo resistir la tentación de disparar su escopeta sobre un "pecari", que ser-



en aquel desierto. Para regresar, propuso Alberto seguir la otra orilla del lago y rodearlo todo hasta llegar a la gruta que les servía de morada, pero tal excursión requeriría ocho días o más, y aun suponiendo que con la caza no les faltaran las provisiones, había que temer que los que quedaban en la gruta se alarmasen pensando que les hubiese ocurrido algún percance. Obró, por tanto, prudentemente Alvaro al decidir volver sobre sus pasos, aunque variando algo el camino. Se internaron en el bosque hasta llegar al pie del



el tiempo entre el estudio y la pesca. Carrillo se quedó con los niños en su refugio, pero los expedicionarios no iban desprovistos de cordero; León era un notable "aficionado" y se prometía servir excelentes guisados con las piezas que pudieran cazar. Precedidos por "Spot", cruzaron el suelo arenoso de la ribera y pronto se internaron en el terreno en que las hierbas eran tan altas que dificultaban la marcha. De pronto, el perro se paró husmeando en algunas madrigueras. "¡Ahí dentro está nuestro almuerzo!" dijo Alberto preparando



viria de almuerzo para el día siguiente. A las cinco de la tarde llegaron a otro arroyo que nacía del lago y por el que las aguas de éste salían al mar. Como habían caminado doce millas, era justo descansar y cenar, y allí acamparon, encendiendo una gran fogata para ahuyentar las fieras. Al amanecer tuvieron que montar la canoa de caucho para atravesar el arroyo. Como no había en ella sino una persona cada vez, tuvieron que hacer siete viajes; pero el tiempo que en ello se perdió se dio por bien empleado para conservar



acantillado, y seguían por él hasta la "cueva del español". Después de andar nueve millas por la arena, al mediodía les sirvió León una magnífica avutarda de treinta libras, cazada por Alberto, y se internaron en el bosque. Alvaro hizo preciosos descubrimientos: el árbol "trulca", con cuyas frutas se podía fabricar un licor que supliría al aguardiente cuando se les acabase; el "winthers", cuya corteza tiene igual sabor que la canela; y el "árbol de té", de aromáticas hojas. De todo hicieron acopio para la despensa de su "casa". A las



escopeta. Pero había que economizar municiones, y acudieron a otro procedimiento más barato. Amontonaron a la boca de cada guarida brazadas de hierba seca y les prendieron fuego. A poco salieron de sus escondrijos una docena de conejos "tucutucos" medio asfixiados, que intentaban huir; pero León y Juanito mataron algunos a palos, y los demás fueron estrangulados por "Spot". Media hora después salían a una playa llena de dunas, cuya arena finísima se levantaba al soplo del aire. Con el mapa en la mano es-



cosos los viveres y municiones. Sólo "Spot" se tiró al agua sin contemplaciones, y atravesó el río como buen nadador. A las diez de la mañana, después de almorzar el pecari cazado por Alberto, se dirigieron hacia el Norte. Dos horas después comenzaron a distinguir la orilla opuesta, lo que probaba que ambas riberas se acercaban para unirse, y que la extremidad norte del lago, término de su expedición, se hallaba cercana. La región aparecía desolada y abandonada de todo ser viviente. Los expedicionarios no podían menos



cinco hicieron alto para acampar a la orilla del arroyo que conocían. Alvaro e Ignacio distinguieron un grupo de animales que parecían tranquilos en una pradera. "¡Son vicuñas!" dijo Ignacio en voz baja. "Procurémoslas vivas. Podremos criarlas en nuestra gruta y formar un rebaño que nos suministre abundante leche." Y lanzando, con rapidez, las bolas, que vinieron a enredarse alrededor del cuello de una de las vicuñas, mientras las demás huían. Nuestros cazadores corrieron hacia su presa, y la sujetaron. Junto a ella ha-



peraban hallar pronto aquel arroyo que habían cruzado en su primera exploración de la isla, y que, según el mapa, debía desembocar en el lago. Y, efectivamente, poco después oían el murmullo de sus aguas, y a mediodía llegaban a su desembocadura. Allí hicieron alto al pie de un magnífico pino; encendieron lumbre entre dos piedras, y dos de los "tucutucos", desollados por León, se asaban al amor de un gran fuego. Almorzaron con excelente apetito, sin necesidad de tocar las provisiones que traían de casa, y



de pensar que si el "Centella" hubiera naufragado en aquella parte de la isla, se hubieran visto en el más absoluto desamparo. Fortizaron la marcha para alcanzar el extremo norte del lago, y al anochecer llegaron a él, haciendo alto en el fondo de una caleta. Ni una hierba, ni un musgo, ni un líquen; hacia el norte, un desierto de arena, cuyo fin no se divisaba. Les faltó combustible para la cena, y para dormir se vieron precisados a echarse sobre la arena, envueltos en sus mantas. Durante la noche nada turbó el silencio.



bian quedado dos crías pequeñas, retenidas por el instinto. En el campamento acogieron a los cazadores y a su caza con frenéticos hurras, y durante la cena todo fueron comentarios, proyectos e ilusiones. La noche no fué tan tranquila como la anterior. Los rugidos eran numerosos y cercanos. Alberto, que hacía guardia, creyó necesario despertar a todos para rechazar un ataque en masa de jaguares. Una descarga cerrada y algunas teas lanzadas contra los ojos refulgentes de las fieras, alejaron a los asaltantes. (Continuará.)

# Teresa



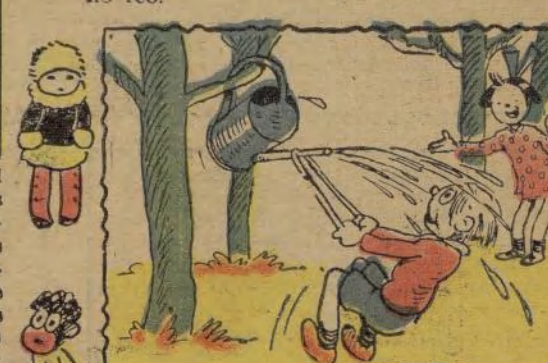
Tortolito ha quitado su comba a Teresa y la nena está que trina contra el feo y cabezota de Tortolito.



Y como Teresa no tolera que la tomen el pelo ningún niño más o menos Tortolito decide vengarse.

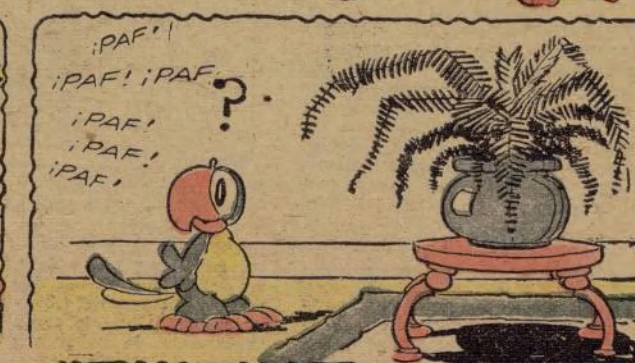


Teresa ha suspendido la regadera por el sitio que tiene que pasar el cabezón del niño feo.

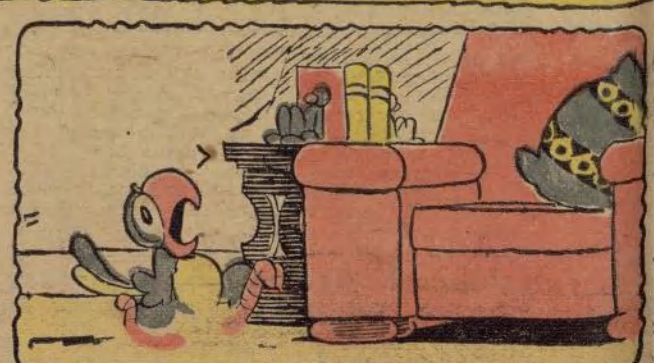


Y la misma comba, el cuerpo del delito, se encarga de vengar a Teresa, como puede ver gráficamente.

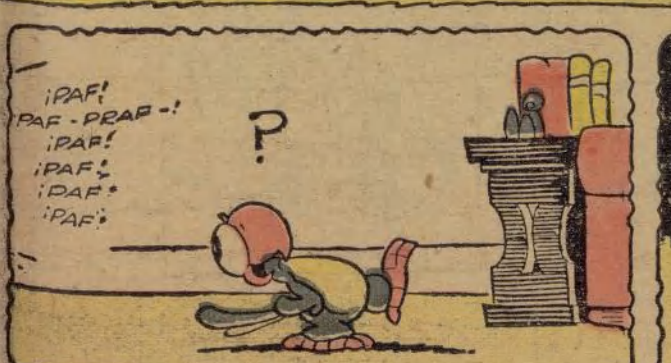
# LA COTORRA SABIA



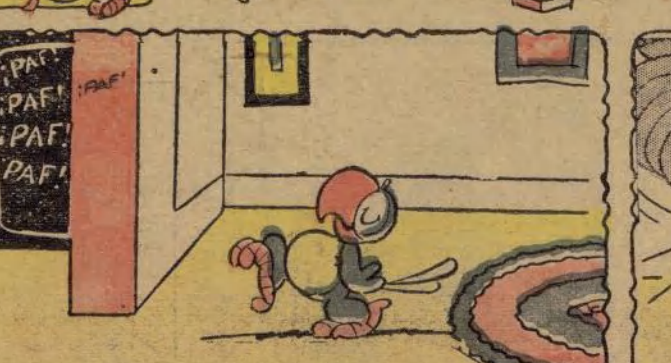
II.—De pronto, en el piso de al lado oyó unos golpes fuertes como aplausos. "¡Qué bien lo hago", pensó.



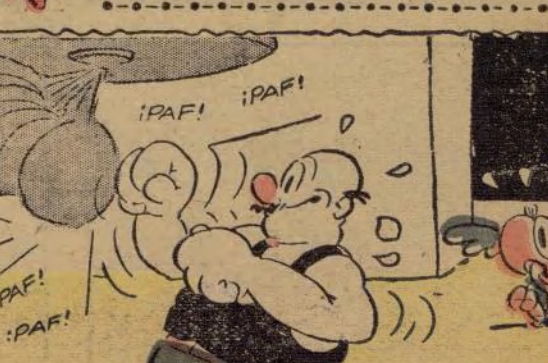
III.—Que la aplaudían, la cotorra, sin notar la tormenta.



IV.—Y como los aplausos proseguían, Laura, muy orgullosa, fué a enterarse de quién era su admirador.



V.—Y, decidida a dar las gracias al espontáneo, se dirigió a donde partían los golpes.



VI.—Y oyó a don Tremendo que decía: "Ya estoy entrenado. Ahora a romperle la cresta a esa cotorra."



# LA UNION HACE LA FUERZA



Barrigón tenía un clarinete, y soplando por él al pie de los balcones y en los patios de vecindad se ganaba el pan de cada día y los cuatro garbanzos que echaba en su olla miserable. Paperas era otro punto fuerte tocando el

bombardino por los barrios bajos, y soltando cada romanza que hacía saltar las lágrimas de regocijo. Barrigón y Paperas se hacían una competencia feroz, y huían de encontrarse, porque se conocían y sabían que el día que riñe-



ran no iban a quedar de ellos ni los rabos. Pero cierto día se dieron de manos a boca a la vuelta de una esquina. Barrigón envió a Paperas con la música a otra parte, aduciendo que él había llegado primero. Paperas abo-

gaba por los fueros de la libertad, diciendo que él tocaba donde se le pusiera en las narices. Total: que Barrigón le metió el clarinete a Paperas hasta la campanilla, y Paperas tapó a Barrigón con su bombardino como con un apa-



gavelas. Al oír el escándalo salió el portero de la casa, y la emprendió a escobazos con los dos músicos hasta que partió la escoba en sus espaldas. Pero Paperas, que era más bruto que siete, chutó en la popa del portero y lo metió

sencillamente en la portería. La jarana que se armó en el barrio fué de órdago a la grande. Las ventanas y balcones comenzaron a abrirse, y las "menegildas", creyendo que se trataba de un número de músicos acróbatas, co-



menzaron a soltar "perras" como confetis en día de carnaval. Barrigón tocaba el "Gallito" y Paperas el "Adiós a la vida", mientras se sacudían cariñosamente pescoceros y patadas en las espinillas. El éxito hizo época. Todavía

se acuerdan Paperas y Barrigón de aquel fausto día. Recogieron siete duros en calderilla, que se repartieron equitativamente, y fundaron la banda "El emplasto", con la que a los pocos años habían hecho una fortuna.



Guacamayo verde o Crisotis amazóna



Bisonte de América



Conejo Belier inglés



Tucán toco

## EN SERIO Y EN BROMA



En los glaciares o mares de hielo crujen con frecuencia las masas y se cuartejan entre sordos rugidos, abriendo grietas inmensas, tan anchas, a veces, que hay que salvarlas con puentes, y tan hondas que alcanzan centenares de metros de profundidad.

demonstrado que si el hombre comiera tanto como el gorrión, proporcionalmente a su tamaño, necesitaría para la comida de cada día un carnero y cuarenta pollos,



—¿Y qué quería usted encontrar en un huevo? ¿El autogiro de la Cierva?



—Déme usted una caja de pastillas para la tos.  
—¿Son para tí?  
—Las pastillas, sí, señor. La tos la tiene mi madre.



El agua de algunos ríos, cargada de ácido carbónico, va disolviendo la piedra caliza de su lecho y ahondando su cauce. Así llega a formar barrancos como el Gran Cañón del Colorado, en los Estados Unidos, que mide 320 kilómetros de extensión, y en algunos puntos hasta una profundidad de 2.000 metros.



El Nilo, al desembocar en el mar, en el Mediterráneo, se divide en infinidad de brazos, algunos de ellos navegables, y otros transformados en canales de riego. Entre todos forman el famoso "Delta", y transforman aquella región de Egipto en un verdadero jardín de más de 40.000 kilómetros cuadrados.



—Bueno; ya estoy harto de repartir hoy correspondencia. Echaré estas cartas al Correo.

### CHISTE

La mamá.—Oye, nene; calla, porque no me dejas dormir.  
El niño.—Bueno; pues avisame cuando te duermas, para empezar a gritar.

María Angeles Barriola,  
11 años.



—¿Pero por qué tienes miedo?  
—Si es un pato como el que cenaste anoche?  
—Pues que se lleven éste y me traigan el de anoche.



El gorrión come mucho más que el hombre. Un profesor japonés ha



—¡Oh, qué encanto el vivir en el campo y poder comer todos los días huevos frescos!  
—Ya sé, ya sé que le gustan así a la señora. Por eso le tengo guardadas tres docenas desde hace dos meses.

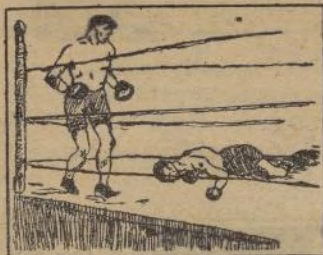


## AMENIDADES



El doble tornillo que reproduce nuestro grabado puede suplir en muchos casos al tripode de la máquina fotográfica.

Se hace con una barrena de las que sirven para perforar madera. Se le quita el mango y en la parte del hierro correspondiente a él se hace una rosca de centímetro y medio de largo que encaje en la máquina fotográfica. Después se hace un taladro en el metal para introducir un travesaño de metal, sobre el cual se atornilla una arandela como se ve en el grabado.



Carnera le ha largado a Sharkey un morrón con sangre, y el americano hace la horizontal sobre la resina. Esto que parece un cuento de ladrones, es la explicación del dibujo que nos remite desde Sigüenza A. Sánchez, de trece años.



¡Cómo corre el pequeño Pícolo para llegar al barco! Pero no sabe el camino, y si no se lo enseñáis vosotros lo va a pasar muy mal.



El grabado adjunto enseña el modo de hacer rápidamente una cama de campaña. Las patas las constituyen cuatro estacas ahorquilladas clavadas en tierra de modo que los largueros que en ellas se apoyan queden a cosa de un pie de altura sobre el suelo. Ambos largueros sostienen una lona en forma de saco sin fondo, o bien se clavan los bordes de ésta a los referidos largueros.



¡Qué cansadito está! ¡Pobrecito! Se ha recostado en una valla y se va a dar el golpe, pues no sé por qué se me figura que la valla se va a hundir. Ya nos lo dirá José Relloso, autor de esta prodigiosa obra de arte. Relloso tiene diez años, y es de Burgos. ¿No lo sabían ustedes? Pues ya lo saben.

## LOS NAUFRAGOS DEL "AIRON"

### CAPITULO XXXIV

#### Bloqueados

—¿Qué será eso?—preguntó ansiosamente el marinero. ¿Ha oído usted?

—Si—repuso Albani—; disparan los cañones del barco contra las plantaciones de bambúes, creyendo que así podrán descubrirnos. Estoy seguro de no equivocarme.

—Afortunadamente estamos lejos y bien emboscados.

—Si; pero temo que nuestro Pícolo, al oír disparos salga de la caverna y le descubran.

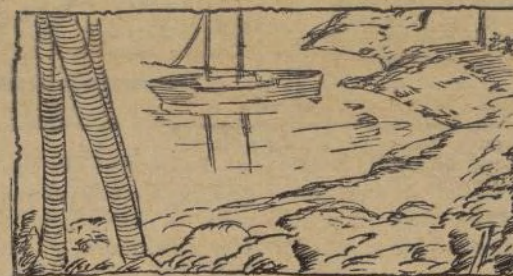
—¿Quiere usted que intentemos el llegar a la gruta? No creo que estemos muy lejos.



—Espera; no sabemos por qué lado nos buscan los piratas, y si dejamos este escondrijo, podríamos tropezarnos con ellos. Si tuviésemos fusiles, podríamos iniciar la retirada; pero con nuestras cerbatanas nos costaría un encuentro con esos canallas armados de carabinas. Nuestras armas son precisas para la sorpresa, y la emboscada, pero valen muy poco para la defensa en campo abierto. Tengamos paciencia, y esperemos a la noche para dirigirnos a la costa.

—Pero, ¿y el grumete?

—Confío en que no cometerá ninguna imprudencia. Le he dicho que no se moviese de la gruta hasta nuestra vuelta, sucediese lo que sucediese.



—¡Calle, señor! Me parece que oigo voces hacia allá.

Escucharon atentamente, conteniendo la respiración, y, en efecto, oyeron que varias personas hablaban en voz alta, muy cerca de los límites del bosque. Los piratas habían abandonado la plantación después de registrarla en todos sentidos, y seguramente que ahora se disponían a registrar la floresta, cosa difícil, porque era inmensa. Sin embargo, se di-

rigían hacia la montaña, en espera de encontrar más habitantes por aquella parte.

—Tenemos la suerte, señor—dijo Enrique—. La impaciencia me consume.

—Sube antes a las ramas superiores, y mira si se descubre algo. El árbol es bastante alto y puedes ver lo que sucede, incluso en el sitio de la cabaña aérea.



Enrique no se hizo repetir la orden; agarrándose a las ramas llegó hasta la copa del árbol y miró.

El barco pirata estaba anclado en la parte baja de las rocas. Habían desmontado el mástil, y en la meseta varios hombres cortaban un tronco derecho.

—Ahora comprendo por qué atracaron esos bribones. Tienen que reparar el trinquete.

Siguió observando, y le pareció distinguir cómo a lo lejos varios piratas subían por el monte, tal como había previsto el señor Albani.

Satisfecho con sus observaciones iba a descender, cuando vió en las lindes del bosque, a unos trescientos pasos de la espesura donde estaban guarecidos, un hombre tendido en tierra, pero que avanzaba arrastrándose como las serpientes.



—¡Mil bombas!—exclamó.

Se dejó escurrir a lo largo del tronco y se acercó al señor Albani, que le esperaba lleno de ansiedad.

—¿Se han marchado?

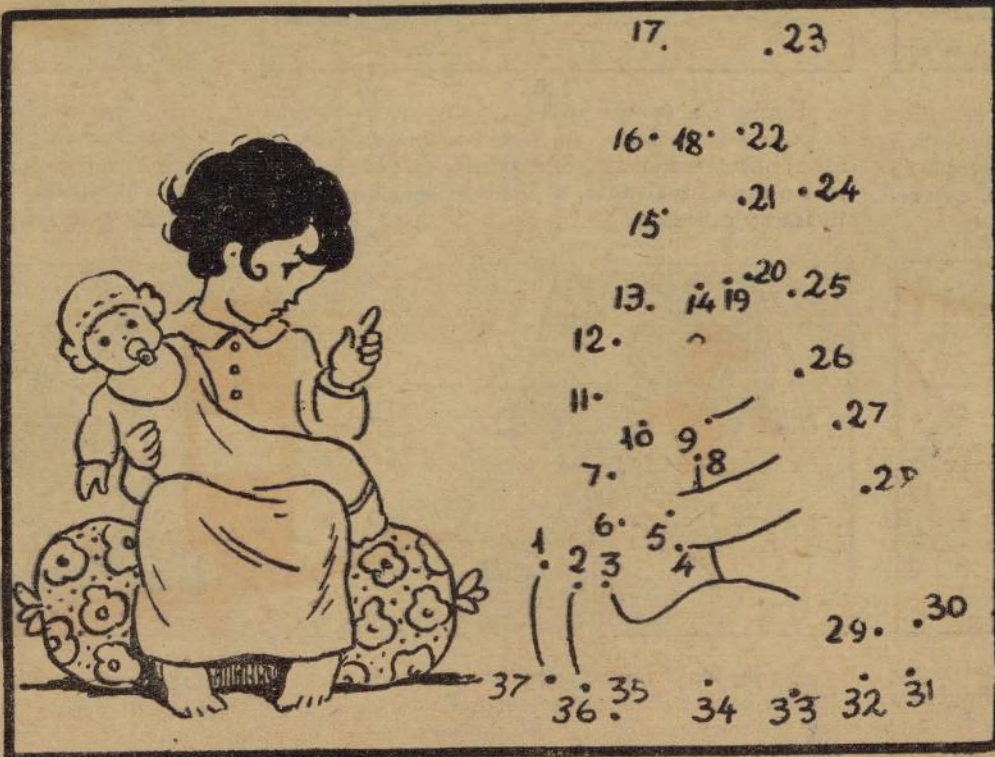
—El grueso de la tropa, sí, marcha hacia la montaña; pero estamos a punto de que nos sorprendan. Uno de esos malditos ha descubierto nuestra pista y se acerca.

—¿Uno solo?

—No he visto más. Apresurémonos, señor. Antes de cinco minutos nos habrán sorprendido.

Fin del capítulo XXXIV

## ROMPECABEZAS



Unid los puntos del 1 al 37 y dibujaréis una preciosa figura

## PASATIEMPOS



Don Filomeno salió de paseo con su hijo, sin sospechar que les persigue un ratero. ¿Dónde está el ladrón?



Una damita romántica, que aunque lleva una falda que parece una pantalla, debe de ser romántica porque así nos lo asegura su autora, Marujita Carbajal, de once años y madrileña pura.



Solución al concurso número 19. "El castillo de don Diego"

Damos por cerrada la votación para premiar el mejor dibujo de "El castillo de don Diego". La votación ha sido un éxito, y ha demostrado el interés que despertaron entre nuestros lectores el concurso y la votación misma; esto es: el poder parecerse a los mayores y celebrar también sus pequeñas elecciones.

Hemos recibido 3.028 papeletas de votación, todas ellas debidamente firmadas. De ellas 1.312 votan a favor del dibujo publicado con el número 23, del que es autor el niño Vicente Maeso, de Melilla. A él, pues, le corresponde el premio, y para que podamos enviárselo, le rogamos nos remita su dirección.

Otros dibujos han sido también favorecidos con numerosos votos. Entre ellos los que han obtenido más sufragios son: el número 22, con 486 votos, y el número 1, con 121 votos. A todos ellos, y en general a todos los concursantes, felicitamos y damos las gracias por la favorable acogida que dispensan a todas las iniciativas de JEROMIN.

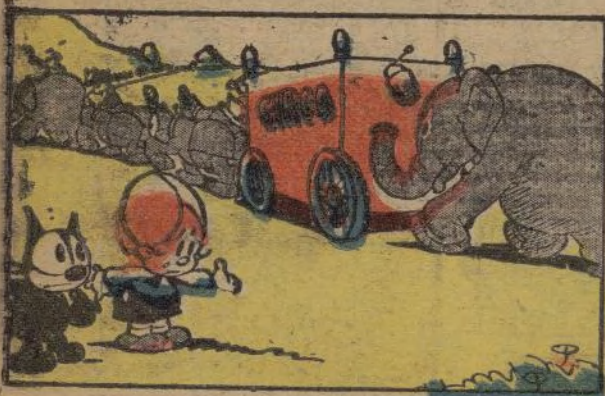
Para que nuestros lectores puedan recordar el dibujo premiado, volvemos a reproducirlo en esta sección.



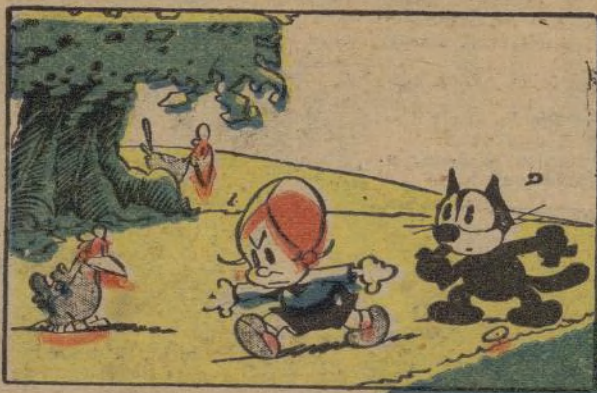
Las pirámides, el oasis, las palmeras, la noche en el desierto, la caraba en camello. ¡Qué emoción la del dibujo, qué tristeza en el ambiente, qué barbaridad y qué bien pinta Teresina Monforte que tiene doce añitos, que es de Alfarín, y que ha estado en el desierto para copiar este cuadro!



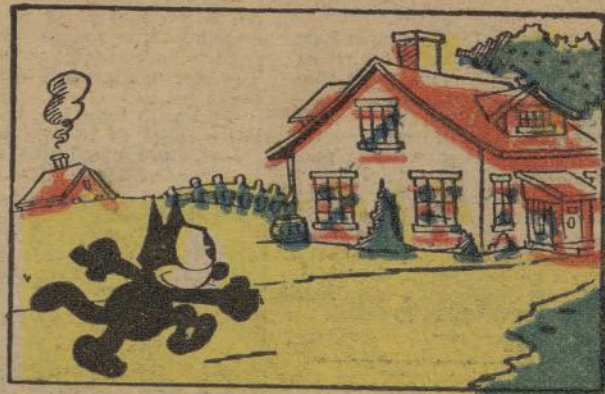
# ANDANAS DE GATO FELIX



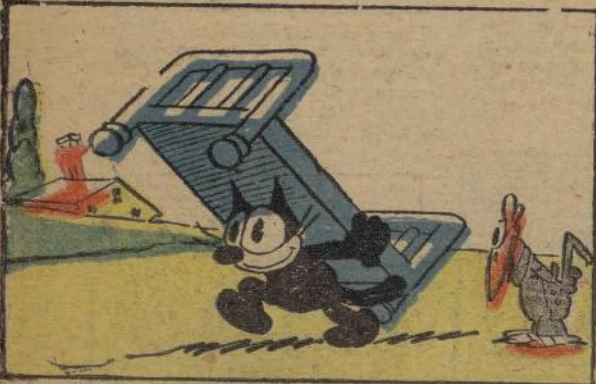
El circo había terminado su temporada en aquel pueblo, y levantó sus tiendas, poniéndose en camino del pueblo próximo, donde pensaban actuar dentro de tres días. Bimbete se quedó muy triste, porque no logró entrar nunca.



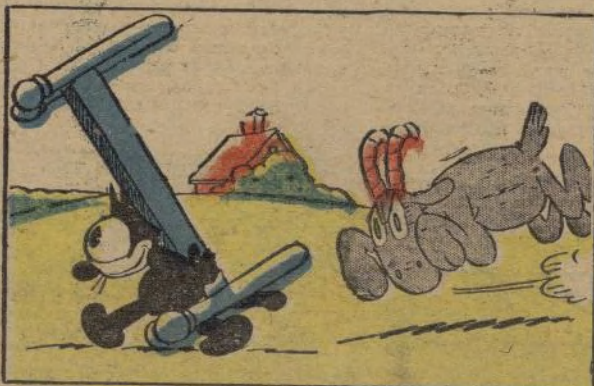
Y decidido a ver siquiera una vez los ejercicios, se dispuso a seguir al circo adonde fuese, dispuesto a pasarse diez noches en vela, con tal de satisfacer su deseo. Las recomendaciones de Félix fueron inútiles. Bimbete partió.



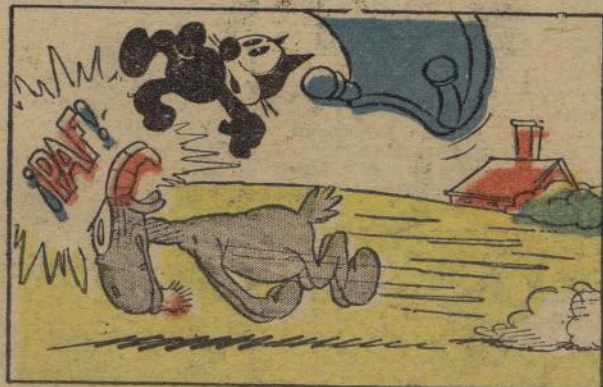
"Ese niño es más bruto que un botijo y más cabezota que una mula vieja—pensaba el gato—. Pero es mi amigo, y yo debo protegerle. Como él va a seguir los pasos del circo, le llevaré su cama para que no duerma al sereno."



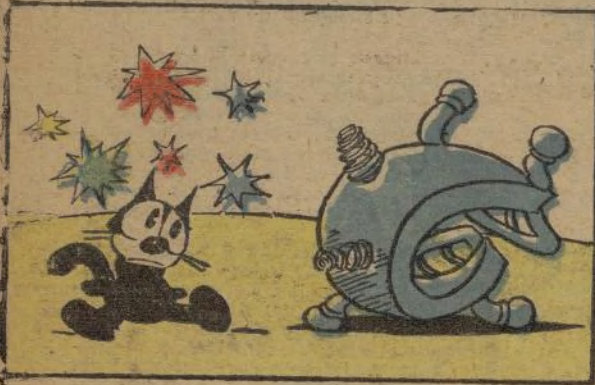
Y el buen Félix, que tenía el alma más sensible que una mariposa, cargó con la cama de Bimbete, a fin de que su amiguito no pasase incomodidades durante el "raid" en pos de los carromatos del circo, que eran su mayor ilusión.



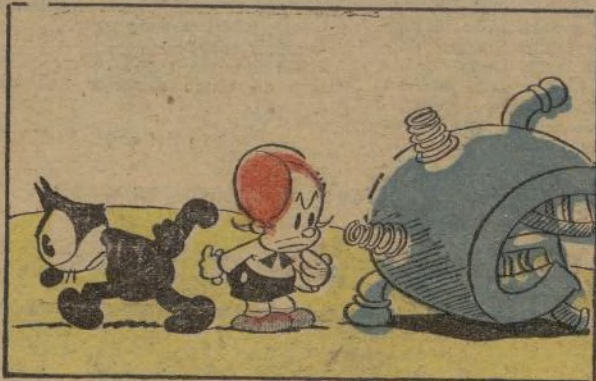
Pero nuestro amigo no había contado con la huésped. Y la huésped era nada menos que la malvada cabra pintada, que así que vio a Félix cargar con la cama, se lanzó en "plongeón" sobre el gato con ánimo de pulverizarle.



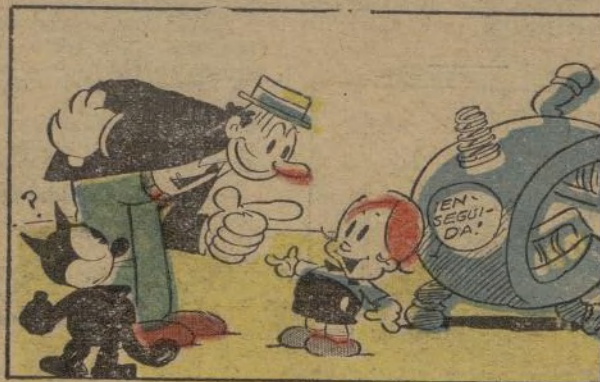
Y cuando Félix iba pensando, sonriente, en la alegría de Bimbete al encontrarse en posesión de su camita, la malvada cabra pintada arremetió contra él como un miura, y le hizo entrar en barrena, como si Félix fuera Cagancho.



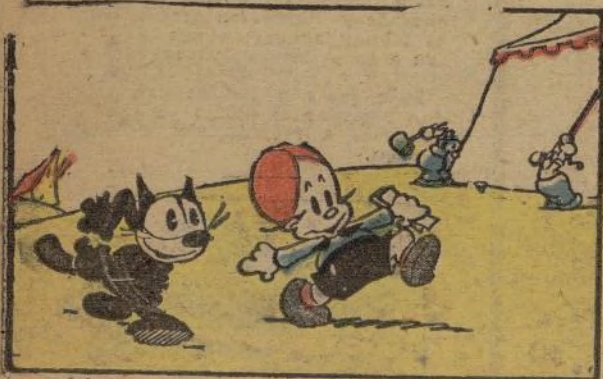
El gatito aventurero quedó un tanto "grogui"; cuando recobró el conocimiento, su desconsuelo fué mayúsculo al contemplar que la cama tan bonita de Bimbete había quedado, gracias al topetazo, convertida en un acordeón.



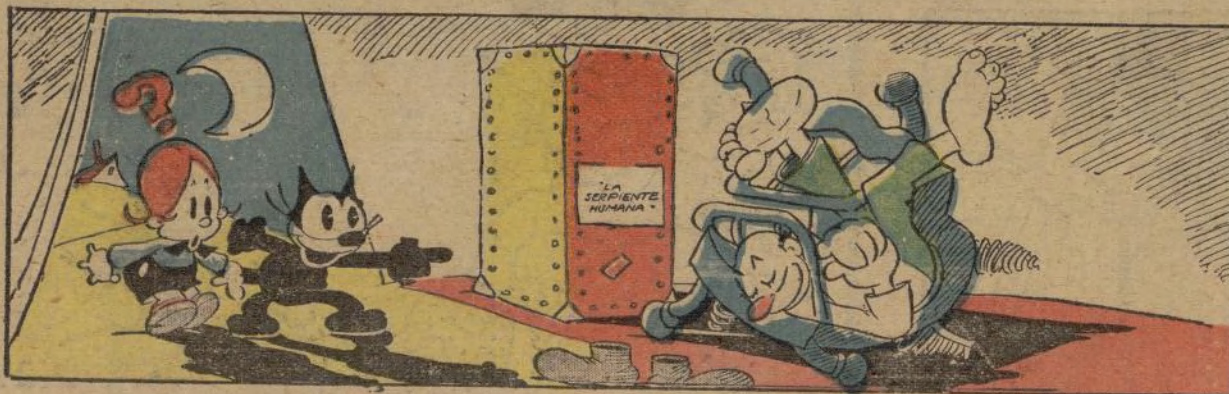
Bimbete, al ver que su cama era una cafetera rusa, se puso más molesto que si le hubiesen pisado un callo; mientras Félix renegaba de las cabras pintadas, más o menos malvadas, y de los amigos brutos obstinados y cabezotas.



Estaban ya dispuestos a romper su amistad y liar-se a mamporros, cuando un tío muy feo apareció por allí, y al ver la cama descoyuntada, exclamó dirigiéndose a Bimbete: "Te doy dos entradas para el circo y cuarenta duros por ella."



Félix y Bimbete cerraron el trato sin más explicaciones, y, rebosantes de satisfacción, se dirigieron al circo, pensando quién sería aquel tío muy feo que les daba cuarenta duros y dos entradas por una cama hecha migas.



Ya dentro del circo comenzaron a verlo todo, metiendo las narices en todos los sitios. ¡Qué felices eran! ¡Al fin habían realizado su sueño de entrar al circo! Pero no olvidaban quién podía ser aquel tío muy feo que les comprara el cacharro de la camita. Y de pronto... ¡horror!; al entrar en una tienda quedó aclarado el misterio. El tío muy feo era sencillamente el "hombre serpiente", al que oyeron musitar: "En mi vida he dormido tan a gusto como en esta cama."